

(02042) Carne de piscina

—Don Faustino, no sólo es que sean burros. Es que —encima— nos han salido trincones...

—La carne es débil, Ricardo. Y el bolsillo más débil todavía.

—Mira que si un día de éstos llega la Guardia Civil al Ayuntamiento de Mospintoles para llevarse al juzgado a más de uno y una...

El otro día os mostraba el gimnasio de Mospintoles-2 y me despedía con estas dos viejas glorias de la ciudad hablando de sus cosas politiqueras. Hoy siguen con la misma conversación aunque rodeados de agua por todas partes menos por una: la cabeza. Don Faustino y su amigo son unos clásicos de la piscina de este complejo deportivo tan moderno. Por ellos tengo noticias de la historia complicada que dio origen a este lugar. Ya saben, recalificaciones urbanísticas de terrenos que no tenían apenas valor, algunos pelotazos millonarios, unas obras divididas en varias fases y siempre con polémica... Yo, de estas cosas, no entiendo mucho pues, pese a mi avanzada edad, o quizás por eso mismo, soy un ingenuo y un inocentón. Mi mayor preocupación es ser feliz con el menor número de medios materiales. O sea que, aquí, en la piscina, me encuentro como pez en el agua y a mis anchas. Sólo necesito un bañador, un gorrito de tela y unas chanclas. ¡Y a disfrutar!

Decía que el levantamiento de este complejo deportivo fue muy polémico, difícil y costoso. De él saben más de lo que cuentan esos dos viejos cascarrabias a los que ahora veis chapotear en la piscina como si fueran tiernos infantes. ¡Ah, cuántas historias se podrían contar sobre lo que se cuece en esas ocho calles y zonas limítrofes! Os relataré una, real como la vida misma, que os pondrá los ojillos llenos de emoción y recochineo.

Fijaros en aquellos dos jóvenes, ella con una barriguita de 4 meses. Se conocieron en la calle 5. Yo lo vi con mis tiernos ojillos y hasta quiero pensar que ayudé en algo a que de tórtolos pasaran a *tortolazos*. Ella hacía muy poco que había aprendido a nadar, pese a calzar 18 añitos. Él ya sabía chapotear desde antes de nacer pues su madre era una nadadora rusa que se tiraba aquí todo el día, nada que te nada, añorando sus tiempos de competición en la extinta URSS. Aquel día la zagala se echó al agua en plan novata pues tenía un rodaje de pocos kilómetros en una piscina con tanta gente, en donde hay que saber conducirse con mucha maña si no quiere uno sufrir accidentes y encontronazos. Cuando llevaba unos diez metros circulando, invadió el carril contrario y en estas que venía de frente, a todo trapo, el hijo de la rusa. Le arreó sin querer tal trompazo a la chavala que todos pensamos que a ésta le había ocurrido algo grave. La sacaron fuera y bajaron las asistencias médicas. **Ivan** – que se así llama el chaval- lloraba como una madalena.

Mientras el médico de guardia le practicaba a **Jimena** el boca a boca (los padres de la chica son mejicanos, para que vean lo internacional que es esta historia), los socorristas llamaron a una ambulancia. La chica seguía tendida, respirando dificultosamente. De pronto me acordé de un bello cuento de mi infancia, nada que ver con las majaderas historias que hoy les cuentan a los chavales. El cuento se llamaba "*Blancanieves*" o algo así. Angustiado por lo que pudiera pasarle a la chica, me concentré con todas mis fuerzas y derramé mis poderes beatíficos sobre ambos jóvenes, quienes estaban pasando unos minutos muy desdichados. Otros rezaban pero yo preferí recurrir a otras técnicas más terrenales: el poder de la imaginación, del deseo y de la magia potagia. Entonces ocurrió lo inesperado: Ivan, hecho un mar de lágrimas, se arrodilló junto a Jimena y le cogió una mano. Empezó a acariciarla mientras sobre ella caían sus lagrimones. Sí, lo han adivinado. La chica abrió entonces los ojos, sonrió a los espectadores más cercanos, agarró fuertemente la mano del muchacho y se levantó como si nada le hubiera ocurrido.

Aquella escena feliz necesitaba un final redondo, un poco peliculero, lo reconozco. Puse en aquella pareja toda mi energía vital para que aquella escena feliz tuviese un broche de oro. Entonces ocurrió: Jimena se abrazó a Ivan y le estampó un besazo en los labios con tal pasión que todos los espectadores nos quedamos derretidos. Tardamos unos segundos en reaccionar, el mismo tiempo en que Ivan recobró la sonrisa y comprendió que debía devolver el cumplido a la muchacha. Todos aplaudimos a rabiar, unos de pie alrededor de la pareja y otros dentro del agua. Por la puerta de los vestuarios masculinos aparecieron dos camilleros corriendo a toda leche. Viendo aquella escena tan poco habitual en su profesión de urgencias, comprendieron que allí había ocurrido algún milagro. Bastó una simple mirada al médico, a los espectadores y –sobre todo- a aquella pareja de *tortolazos*, para que comprendieran la inutilidad de su servicio:

—Estos dos lo que necesitan no es una camilla sino una cama de matrimonio... —escuché que le decía por lo bajini uno al otro.

—Sí, pero que sea una cama de agua...

La pareja se cogió de la mano y se volvió a meter en la piscina. Ahora que lo pienso, quizás actuaron siguiendo una orden telepática mía porque aquel suceso amenazaba con desmadrarse. El público, al que le encantan estas cosas del querer, volvió a aplaudir a rabiar. Acto seguido, todos decidieron secundarlos. Cerré los ojos unos segundos para respirar más profundamente, lleno de satisfacción, y cuando los abrí la piscina estaba repleta de gente (aquello parecía la parada del autobús en hora punta). ¡Hasta los camilleros se habían tirado al agua, con ropa y camilla incluida!

De aquellos revolcones viene la barriga que hoy luce orgullosamente la Jimena. Los chicos se casaron al cabo de unas cuantas semanas. La rusa (viuda) y los mejicanos (padres de la moza) han prometido nacionalizarse españoles cuando

nazca el chiquillo y afirman muy serios que pedirán permiso para bautizarlo civilmente aquí, en la calle cinco, echándole en su cabecita un poco de agua clorada. Luego se irán a celebrar el ágape a la terraza de la cafetería que está en la planta superior.

Pero dejémonos de historias que muchos de ustedes –incrédulos- pensarán fruto exclusivo de mi fantasía desbordada. O de mi chochez. Yo sólo les digo lo que el Chino, mi profesor de yoga: nuestra energía interior es capaz de mover montañas....

Vayamos al aquí y ahora. Mirad hacia la calle uno. Es conocida normalmente como *"la calle de las cotorras"*. Allí se agolpan en manada casi todas las mujeres de mediana o avanzada edad que vienen a remojarse los michelines y las grasas. La mayoría no sabe nadar, así que se colocan debajo de las piernas la clásica *"patata"* o *"churro"* y caminan despacio desplazando tetas y culo con gran estridencia. Cuando llegan a la meta, exhaustas tras el esfuerzo locomotriz, se recuperan charlando entre ellas sobre los últimos temas de la actualidad, incluyendo lo que se cuece en sus casas. En la calle dos suele colocarse el mismo personal, pero en versión macho. Es *la calle de los cotorros*. Fijaros bien en **Jenaro**, el que está metiéndose ahora mismo. Sí, ese cuyo bañador podría albergar en su interior a media docena de flacuchos adolescentes. El médico le ha mandado que mueva el esqueleto a ver si así la barriga se le desinfla un poco. Pero ya lo veis, recién metido en el agua ya está charlando con el **Matías** (otro becerro) sobre lo que cenó anoche. Luego pasarán a discutir sobre el Real Madrid o el Barcelona, intercalando de vez en cuando una ligera caminata sobre el agua. **"Pues yo no le veo ningún chiste a la natación, Matías". "Además de aburrida, no sólo no adelgaza si no que nos hace más gordos, Jenaro"**. Será por el agua que tragan, pobrecillos...

En las calles centrales el personal es diferente. Gente joven y madura. Aquí ya saben lo que es mover coordinadamente los brazos y las piernas, tumbados sobre el agua, tomando el aire por la boca y expulsándolo por la nariz. Todo funciona más o menos razonablemente bien salvo cuando entran en la calle *los bolidos* de turno. Son los que nadan al son de la famosa canción *"La calle es mía"*. Miren a ese joven que acaba de meterse en la cuatro. Si, ese que luce tatuajes hasta en el cielo de la boca. Menos mal que no destiñen porque si no el agua de la piscina acabaría de mil colores. Vean, vean... En cuestión de segundos abre los brazos y piernas y en plan espasmódico empieza a volar sobre el agua sin importarle quién va delante o al lado. Su batida levanta olas de medio metro. Por fortuna, a estos tipos tan arrolladores y egoístas tanto derroche de energía le dura menos que la alegría a un pobre. Así que tras un par de largos ya tienen la lengua fuera y han de agarrarse a la corchera para no irse al fondo. Cuando se retiran la paz vuelve a reinar en el carril piscinero que abandonan.

La contrapartida a estos especímenes son *"las tortugas desorientadas"*. Las calles centrales están clasificadas por niveles de natación: nado básico, medio y avanzado. Pues bien, algunos y algunas parece que no sepan leer o se creen que son mejores que el mítico Mark Spitz. Así que siempre los vemos nadando en una calle de ritmo superior al de sus sobrevaloradas fuerzas, por lo que no es de extrañar ver detrás de ellos una fila india de mil pares de bañadores, como ocurre ahora mismo en la calle seis. Pese a que este personal suele ir a un ritmo muy inferior al que lleva la competencia, encima el muy puñetero pone todas las dificultades posibles para un limpio adelantamiento, por lo que a veces hacerlo suele ser más peligroso que adelantar a un autobús en una carretera de montaña. Cuando llegan al final del largo (un momento apropiado para dejar paso a los que vienen detrás cagándose en toda su parentela), no sólo no se detienen sino que prosiguen en su tortuguera carrera natatoria, provocando las iras de quienes van detrás. El atasco se hace aún más penoso y largo. Menos mal que la mayoría de los nadadores son gente pacífica...

Pero... oigo ruido... Sí, es la hora del curso de los niños. Ahí aparecen, en la cercanía de la calle ocho. Estos son los usuarios más peligrosos. Uno se los encuentra en manadas, en fase de aprendizaje, en una o dos calles disponibles sólo para ellos, con su monitor o monitora al cuidado de todo. No son un problema en el aspecto natatorio pues ellos circulan por su carril y el resto de los adultos por los suyos. El problemón viene porque mucho personal acude a echar unas brazadas a la piscina no sólo para mejorar su físico si no para relajarse y calmar los nervios de la vida diaria, pero con los críos graznando como mil pares de cuervos, la paz y la tranquilidad de espíritu es imposible. ¡Qué de ruido arman los condenados, qué de follón, qué de ensordecedor guirigay! Cuando aparecen, este que les habla sale escopeteado hacia el gimnasio o las pistas deportivas. Un servidor ama la tranquilidad y la paz ambiental por encima de todas las cosas. Así que, sintiéndolo mucho, no tengo más remedio que dejarles pues mi sistema nervioso es capaz de soportar todo menos los bocinazos de treinta cachorrazos.

Ya ven que el mundillo de la piscina climatizada, a pesar de que la gente vaya medio en pelotas, es bastante aburrido y monótono. Todavía no se ha inventado escuchar música dentro del agua o charlar con otros mientras se nada, por eso la mayoría del personal que acude por aquí está sólo un rato. Así que no da tiempo a conocer y encariñarse mucho con la gente, como ocurre en el gimnasio. Aquí al personal apenas se le ve el pelo, tan preocupado como anda por no tragar agua, evitar irse al fondo o eludir a alguno de los tiparracos que he citado antes. Excepto las cotorras y cotorros de las dos primeras calles, claro, que esos sólo se dedican a charlar y charlar sin parar. Si les dejasen traer un cafelito a la piscina, se lo tomarían con mucho gusto mientras están en remojo de cintura para abajo.

Pero antes de dejarles quiero hacerles una juiciosa observación por si alguno de ustedes aún no se ha enterado de lo que vale un peine. Ya se habrán dado cuenta que yo soy muy observador y en la piscina, donde todos vamos casi como dios nos trajo al mundo (bueno, a mí me trajo mi mamá, hace ya muuuchos años), alguien alejado de este ambiente pensará que las vistas son inmejorables. Me refiero a las que ofrecen muchos nadadores y nadadoras. Ya saben, cuerpos estilizados y apolíneos, músculos endurecidos, cinturas de avispa y pechos de fresa. Pues no. Esto no es la televisión, ni el cine, ni una revista, ni una casa de publicidad. En esos antros nos venden siempre cuerpos perfectos, hombres y mujeres esculturales, de vientres planos y espaldas rectas, apetecibles de comer como una manzana o un plátano. Muchos de ellos posan a menudo en traje de baño. Aquí, como pueden comprobar, salvo algún que otro yogurín, nada de nada. La realidad no es como nos la pintan en esas pantallas y carteles de colorín. Aquí hay que buscar con lupa algún cuerpo de esos que dicen ¡cómeme! De vientres planos, nada de nada. De músculos de mármol, ni hablar del peluquín. Mucha celulitis, mucho músculo colgante y abundantes grasas. Y no será que mucha de la gente que viene por la piscina no se tira sus buenas horas de sacrificio y sudor para estar en forma o tener una figura más o menos potable pero es que ese canon de belleza que unos listos han inventado a golpe de cremas, fotos trucadas y programas de ordenador no existe en la vida real. Sí, comprueben lo que les digo mirando y remirando al personal que deambula por la piscina. Gente corrientita a la que aún no ha llegado el diseño virtual ese del "fotochop" o cómo demonios se diga. Por eso, si alguno de ustedes buscan un poquito de erotismo, de carne fresquita que les alegre las pajarillas, olvídense de las piscinas y de la playa. Mejor vayan al cine o cómprense el Play Boy. Les estarán vendiendo gato por liebre pero para eso les hacen pagar unos euros. Se lo dice el "muá", que sabe mucho de agua dulce y salada. Y ahora me disculpan pero me voy a dar un chapuzón...

—Pues dentro de poco habrá elecciones municipales así que tenemos una oportunidad de echar a la calle a todos los impresentables, don Faustino.

—El problema no es sólo de personas sino también de sistema. Parece que vivamos todavía en la época de las cavernas.

—Es que pasan los siglos y no aprendemos. Me cago en la leche...

—Quizás el problema esté en nosotros mismos. Sí, Ricardo, en nosotros. Estamos viejos y la realidad que vemos ya apenas la comprendemos. Viejos, Ricardo, terriblemente viejos...